

Mayo 68: Debates sobre economía

MICHEL HUSSON :: 24/05/2008

El Che realizó un debate fundamental con los economistas marxistas Charles Bettelheim y Ernest Mandel sobre el papel de los estímulos materiales y morales en el proceso de transición al socialismo, que no estuvo al margen de otro sobre los modelos de socialismo

El capitalismo anterior a 1968 funcionaba mejor que el actual, pero, sin embargo, su puesta en cuestión fue superior al cuestionamiento del mismo que realizan los movimientos sociales actuales. El examen de los debates económicos de la época permite arrojar luz sobre ésta paradoja y, al mismo tiempo, restar valor a la falsa oposición entre la crítica social y la crítica “artista” [NdT: *Expresiones tomadas del libro El nuevo espíritu del capitalismo de Luc Boltanski y Eve Chiapello, Akal, Madrid, 2002. La “critica artista” al capitalismo se haría desde la autonomía y la libertad; la “critica social” desde la solidaridad y la igualdad. Según estos autores, ambas críticas corresponden a grupos sociales distintos y son incompatibles*]

Todas las ideas tienen un fundamento material y esto es particularmente cierto en lo que respecta a las ideas económicas. Mayo del 68 estalla en medio de la época dorada del capitalismo de la post-guerra, que más tarde fue bautizada como la época de los “treinta gloriosos”. Este período, que se prolongó hasta la recesión generalizada que sobrevino a mediados de los 70, fue descrito también como el del “fordismo”. Ahora bien, el año 1967 estuvo marcado por un cambio de la coyuntura; por un giro decisivo en los Estados Unidos y una ralentización del crecimiento económico en todo Europa.

En Francia, es este repliegue el que permite explicar la recuperación del movimiento huelguístico y la apretada victoria de la derecha en 1967; pese a lo cual, la recesión elimina las dos conquistas de la época: un crecimiento rápido acompañado del incremento del poder adquisitivo y la baja tasa de desempleo.

La época dorada del capitalismo...

He aquí algunas cifras que confirman esta periodización: entre 1957 y 1973 el poder de compra se duplica y la tasa de desempleo hasta 1967 es inferior al 2%. A modo de comparación, tenemos que el 14% de aumento del poder de compra desde principios de los 80 hasta nuestros días -es decir, un cuarto de siglo- es igual al incremento medio durante 3 años de los “treinta gloriosos”. En cuanto a la tasa de paro (oficial), actualmente fluctúa entre el 8 y el 10%; sin tener en cuenta la precarización que va en aumento. A estos resultados económicos se puede añadir el desarrollo vigoroso del Estado social (pensiones, Seguridad social, subsidio de desempleo), que se puede medir a través del crecimiento de los gastos sociales que pasaron del 5% del PIB en la Liberación al 11% en 1968.

Pese a ello, no hay que idealizar este período, porque de otro modo no se podría comprender la explosión de Mayo 68. Este cuadro general está acompañado de grandes sombras: la jornada laboral en el 68 era un 20% superior a la de hoy, las condiciones de

trabajo eran más duras y las desigualdad de las rentas más marcadas. Así pues, el debate sobre la naturaleza del capitalismo viene determinado por estas dos características: éxito económico y rudeza de las condiciones sociales. La diferencia esencial entre aquel período y el nuestro gira sobre la flexibilidad de una sociedad en profunda transformación: en aquella época cada individuo tenía perspectivas de progreso social casi aseguradas. Andrew Shonfield escribió en *Le capitalismo aujourd'hui* (1969) que “en los países capitalistas occidentales, todo el mundo -tanto el gobierno como la gente de la calle- encuentra natural que la renta real de las personas deba aumentar cada año de manera sensible”.

La economía es uno de los dominios en los que más fácil se da un enfoque materialista de la ideología dominante debido a la estrecha correlación entre las transformaciones del capitalismo y su propia representación. Es necesario retroceder en el tiempo para recordar que el enfoque keynesiano, tan desacreditado hoy en día, era absolutamente dominante en aquella época y que por entonces los liberales no dejaban de ser una especie de secta. La visión dominante de entonces reposaba en dos ideas. La primera, que el capitalismo había aprendido a autorregularse a partir de la crisis de los años 30: la intervención del Estado y los gastos sociales actuaban como “estabilizadores automáticos” y garantizan un crecimiento regular. En ese contexto, el Premio Nóbel Paul Samuelson pudo anunciar en su manual *Economics* que “gracias al empleo apropiado y reforzado de las políticas monetarias y fiscales, nuestro sistema de economía mixta puede evitar los excesos de los booms y las depresiones y puede plantearse un crecimiento regular”. Lo que en la época se denominó la “política de rentas” aseguraba la progresión de la demanda salarial y regulaba el problema de las ventas. El capitalismo hipercompetitivo que conocemos hoy en día fue relegado al almacén de las ideas a medio elaborar y los ideólogos oficiales dedicaban su tiempo a anunciar el fin de la lucha de clases.

La segunda idea giraba sobre la convergencia de sistemas, entre economías “centralizadas” y “descentralizadas”, para retomar la formulación de Raymond Barre, en aquella época profesor en Ciencias Políticas. Los países llamados socialistas introducían mecanismos de mercado en tanto que la intervención del Estado establecía un sistema “mixto” en los países capitalistas avanzados. Esta es, por ejemplo, la lectura propuesta por John K. Galbraith en *El nuevo Estado industrial* (1967) o por Shonfield: “El mercado clásico de los manuales de economía, en el que las firmas compiten entre ellas sin darse cuenta de las consecuencias que ello puede entrañar para el mercado en su conjunto, no ha estado nunca tan alejada de la realidad”.

... y su crítica

La cuestión que se planteaba, por lo tanto, era la de saber cómo desarrollar la contestación a un sistema que basado en éxitos reales. En este sentido, se podría decir que las críticas al capitalismo estaban divididas entre el dogmatismo y el modernismo. En el campo del marxismo, era dominante el PCF. En él se reagrupan numerosos economistas que desarrollaron la teoría del Capitalismo Monopolista de Estado cuya síntesis fue publicada en 1971 en su *Tratado de Economía Marxista*. Este enfoque representaba una transición entre la versión catastrofista - que el PCF justo acabada de abandonar- que, contra toda evidencia, proclamaba una “pauperización absoluta”, y un enfoque nuevo que buscaba mostrar que la fusión del Estado y de los monopolios agravaba la explotación y conducía a una crisis de

“sobreacumulación-devalorización”, justificando de ese modo la posibilidad de un amplio frente antimonopolista. La aparente ortodoxia de esta posición condujo a un rechazo vigoroso tanto de análisis neomarxistas como los desarrollados por Paul Baran y Paul Sweezy (El capitalismo monopolista, 1968) calificándolos como banalmente keynesianos, como de los análisis impresionistas, según los cuales los monopolios escaparían a la ley del valor.

En el otro campo, los “modernistas” para quienes el funcionamiento más regulado del capitalismo era un logro duradero en el que apoyarse para introducir reformas estructurales que desembocaran en el socialismo moderno. El Partido Socialista Unificado (PSU) fue un crisol en el que se confrontaban estos diferentes puntos de vista influenciados por el reformismo revolucionario de André Gorz o por el análisis sobre las potencialidades autogestionarias de la “nueva clase obrera” de Serge Mallet.

Retrospectivamente, uno de los enfoques más ricos fue el de Ernest Mandel que se fijó una tarea doble. La primera, la de restituir un marxismo vivo, en particular con su Tratado de Economía Marxista, que vio la luz en 1962, y el folleto Iniciación a la teoría económica marxista, que contribuyó a esa renovación en los círculos militantes. El segundo objetivo de Ernest Mandel fue el de proponer un enfoque verdaderamente dialéctico mediante la combinación de la comprensión del éxito del capitalismo y un análisis renovado de sus contradicciones. En “L’apogée du néocapitalisme et ses lendemains”, artículo aparecido en Les Temps modernes en agosto de 1964, desarrolló un análisis premonitorio de los elementos de crisis persistentes en el funcionamiento del capitalismo contemporáneo, que desarrollará más tarde en El Capitalismo Tardío cuya traducción francesa apareció en 1976. Estos análisis inspirarán a un grupo de economistas animados por Pierre Salama y Jacques Valier a lanzar la revista Critiques de l’économie politique que será, hasta su desaparición en 1985, toda una referencia en el campo de la heterodoxia.

Frente a un capitalismo relativamente competente, la crítica puso el acento en sus aspectos cualitativos, centrándose en tres aspectos fundamentales: la relación capital-trabajo, las relaciones Norte-Sur y la “sociedad de consumo”. Lo que se bautizó como “tercermundismo” jugó un papel determinante: toda una generación se vio marcada por las revoluciones anticoloniales y por la revolución cubana. Se dio una continuidad entre las heridas abiertas por la guerra de Argel y la solidaridad con el Vietnam que le tomó el relevo. Los modelos cubano y chino sirvieron de referencia a corrientes que se formaron a la izquierda del PCF. En la literatura ocupó un lugar importante el “pillaje del tercer mundo” y la figura del Che se convirtió en una referencia directa para la juventud radicalizada pero, también, de una forma más amplia, en los debates sobre el trabajo.

El Che realizó un debate fundamental con los economistas marxistas Charles Bettelheim y Ernest Mandel sobre el papel de los estímulos materiales y morales en el proceso de transición al socialismo. En él se discutió, de forma transversal, la oposición entre las reivindicaciones cuantitativas (aumento de los salarios) y la crítica de la sociedad de consumo que plantea aspiraciones cualitativas (igualdad social y poder de decisión para los trabajadores). Estos debates nunca estuvieron al margen de otro sobre los modelos de socialismo, que trataban de salvar la forzada asimilación entre estalinismo y socialismo, tan conveniente tanto a los ideólogos burgueses (hoy se diría neoliberales) como a los

admiradores de las democracias populares. Una preocupación que aumentó tras la invasión de Checoslovaquia por los tanques soviéticos el mes de agosto de 1968 para aplastar la experiencia de socialismo democrático.

¿Crítica social o crítica “artista”?

La arena ideológica de Mayo 68 es, por consiguiente, una compleja mezcla de renovación del marxismo vivo, por una parte, y, por otra, de una crítica que no se reclama exclusivamente de él y que denuncia más la alienación que la explotación. Las contribuciones de Herbert Marcuse, de Henri Lefebvre, de los situacionistas y también, en cierto sentido, de los obreristas italianos, forman parte de ella. El conjunto de estas influencias explican por qué en el movimiento de Mayo del 68 se combinan de forma estrecha las reivindicaciones sindicales y otras más amplias de tipo autogestionario que ponen en cuestión el poder de la patronal. Estos dos componentes serán bautizados más tarde (1969) como “crítica social” y “crítica artista” por Luc Boltanski y Ève Chiapello en *El nuevo espíritu del capitalismo*. Pero esta oposición, reconstruida a posteriori, no fue tan marcada en su momento.

Se pueden tomar algunos ejemplos a partir de los programas de los partidos de izquierda aparecidos tras 1968 y anteriores a la crisis de 1974-1975. En *Le PSU et l’avenir socialiste de la France*, aparecido en 1969, se encuentran elementos del “contra-plan” elaborado un año antes de 1968 y que preconizaba al mismo tiempo medidas autogestionarias y un crecimiento incentivado del 7% anual! Los programas del PCF (*Chager le cap*, 1971) y del PS (*Changer la vie*, 1972) mezclan también reivindicaciones clásicas (salario mínimo, duración del trabajo) con otras que tratan de reducir las desigualdades y ampliar los derechos de intervención de los trabajadores.

Al lado de los programas, las luchas sociales de la época, en la que LIP representa una figura emblemática, planteaban objetivos clásicos de defensa del empleo y aumentos salariales al mismo tiempo que la cuestión del poder en la empresa. La batalla para conseguir aumentos salariales iguales para todos -frente a los aumentos porcentuales reivindicados por la CGT- introdujo una dimensión antijerárquica que perpetuó el “espíritu de mayo” en el campo social.

La planificación era otro tema central junto al de la autogestión. La idea fundamental era que la sociedad debía de dotarse de medios para tomar las decisiones. Los objetivos y las prioridades debían ser definidos democráticamente y las orientaciones debían ser aplicadas a través del sector público ampliado o del crédito nacionalizado. Esta perspectiva era defendida fundamentalmente por la CFDT y por la mayoría de las corrientes de la izquierda revolucionaria. Así, en 1972, *Ce que veut la Ligue communiste* planteaba una vuelta a las 40 h (en el camino a las 35) y avanzaba la perspectiva de la nacionalización bajo control obrero de los sectores claves de la economía.

Paradójicamente, en ese momento la visión compartida de los críticos del capitalismo fue formulada por Giscard durante la campaña presidencial de 1974: “más del 40% de retención fiscal obligatoria es el socialismo”. En efecto, se puede hablar de un proceso de socialización que se tradujo por la extensión progresiva de los derechos: nuevos derechos en las empresas, desarrollo de los servicios públicos y del Estado social. El desempleo

comienzó a aumentar lentamente, pasando de 300.000 a 600.000 entre 1963 y 1973, aún cuando se situara en un nivel muy inferior al actual. Pero los parados de la época estaban mejor tratados que los de hoy con una indemnización que representaba el 90% del salario. La jornada laboral se redujo de 1850 a 1750 h/año entre 1968 y 1974; es decir, tanto como entre 1950 y 1968. La participación de los salarios en el valor añadido de las empresas se mantuvo hasta 1973 en un nivel más alto que en la actualidad: alrededor de 6 puntos del PIB.

La revancha económica

Este contexto permitió pensar que el período abierto en 1968 continuaría por otros medios: bajo la forma de una victoria electoral (unión de la izquierda y su programa común en 1972) o de una crisis revolucionaria de la que Mayo 68 no habría sino más que el “ensayo general”, para retomar la fórmula de Daniel Bensaïd y Henri Weber. Pero esta linealidad iba a ser quebrada en el terreno económico por dos fenómenos casi simultáneos: la apertura de fronteras y el inicio de la crisis. Respecto al primero, la derecha y la patronal compartían la estrategia de Pompidou de construir “campeones nacionales” mediante la colaboración del Estado con los grandes grupos industriales y un desplazamiento industrial hacia los mercados exteriores que tenía el visto bueno de la derecha más liberal y de las fracciones más internacionalizadas del capital. Una cuestión que estaba de moda desde 1967 cuando Jean-Jacques Servan Schreiber escribió *El desafío americano*, y había sido retomada por autores como el giscardiano Lionel Stoleru que publicó *L’Impératif industriel* en 1969. La extraversion del capitalismo francés podría haber adquirido la forma de un proceso en continuidad, pero la entrada en escena de la crisis de 1974 va a transformar profundamente tanto la coyuntura política como la económica.

Toda los sectores de la izquierda se van a ver desequilibrados por los efectos de la crisis. La izquierda reformista rebaja su horizonte reivindicativo y entra en un terreno de concesiones basado en el modelo italiano del “compromiso histórico”. Ese retroceso contribuirá a un cierto descuelgue de la izquierda revolucionaria cuyas respuestas adquieren tintes más políticos y propagandísticos. En abril de 1974, el folleto de la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) –en ese momento la Liga Comunista estaba ilegalizada- propone un programa de acción, *Face à la crise*, plantea medidas clásicas (contra los despidos, SMIC de 1500 francos) tratando de situarlas en una perspectiva socialista a partir de la noción del control obrero. Pero las ideas no se desarrollan independientemente de la movilización y el fin de la época de los LIP, que coincide más o menos con el inicio de la crisis y la victoria de Giscard en 1974, contribuirán a limitar el impacto de las propuestas radicales.

La crítica anticapitalista se debilita

Con la publicación del libro de Michel Anglietta, *Régulation et crises du capitalisme*, nace la escuela regulacionista. Su trayectoria es significativa: en un principio se construye en oposición al marxismo osificado del PCF y deviene hegemónica en el campo de la economía crítica; pero, al mismo tiempo, se diluye en la búsqueda de un imposible nuevo modelo social-demócrata.

La crisis juega un papel esencial en estas evoluciones. El capitalismo respondió a la crisis mediante una serie de cambios que le retrotraen a una especie de estado natural. Abandonó

la pretensión de garantizar el pleno empleo y la progresión del nivel de vida. La crisis del sistema, al que los críticos no cesaban de analizar sus contradicciones desestabiliza, paradójicamente, las críticas al capitalismo. La perspectiva de una transformación gradual perdió toda credibilidad aún cuando para ello fuera necesaria la experiencia de la izquierda en el poder. A partir de ahí no hubo más que dos respuestas coherentes a la crisis. La de los capitalistas, consistente en sacar provecho de la crisis para modificar profundamente la relación capital-trabajo e iniciar una lenta demolición del modelo social. Tras algunos años de titubeos keynesianos, 1982 marcó el giro radical hacia “el rigor”. La otra salida posible era dar un paso adelante en el proceso de socialización optando por responder a la crisis a través de una incursión sistemática en la propiedad privada.

Ya sabemos lo que ocurrió. La izquierda reformista rodó por la resbaladiza pendiente de los compromisos razonables, abandonando en el camino todas las ideas de transformación social, se tratase de las nacionalizaciones, de la planificación o de la autogestión. Poco a poco las tesis liberales ganaron terreno frente al keynesianismo dominante anterior al 68 y se estableció un verdadero dogma en el que las leyes de la economía fueron presentadas como inmutables y en la que toda tentativa de ponerlas en cuestión era denunciada como una locura llena de catástrofes.

Nuevo curso del capitalismo

Las ideas de 1968 eran portadoras de un proyecto global de transformación social. Si se han estrellado contra el nuevo curso del capitalismo -tanto en el dominio económico como en otros- no se debe tanto a una incapacidad congénita para ir más allá de una crítica “artista” opuesta a una crítica “social”. Las causas hay que buscarlas más en el campo de las renuncias reformistas ante la crisis y el aumento del paro. Las reivindicaciones cuantitativas de la crítica sindicalista (“aumentad nuestros salarios”) no eran suficientes para hacer frente a la crisis. Fue la incapacidad del movimiento obrero para retomar en sus manos las reivindicaciones cualitativas de la crítica radical (“el poder a los trabajadores” y no solamente “disfrutar sin límites”) la que condujo a la regresión.

El giro liberal no se apoyó en una asimilación hábil de las ideas de Mayo, esa “astucia del capital” de la que habló Régis Debray en 1978 en *Modeste contribution aux cérémonies officielles du dixième anniversaire*, sino más bien en el paro masivo que permitió desencadenar una ofensiva generalizada contra los salarios primero y contra el conjunto de los derechos sociales después. Nicolás Sarkozy, en su campaña, ha llegado a afirmar que “el culto al rey dinero, al beneficio a corto plazo y a la especulación como derivas del capitalismo financiero, tienen su origen en los valores de Mayo 68”.

Estas exageraciones confirman aquello de que “cuanto más grande es una mentira, más gente se la cree” y revelan un odio profundo inscrito casi de forma “genética” en lo más profundo del subconsciente burgués. Pero no pueden abrirse camino sino en la medida que se eche en el olvido que Mayo68 fue la mayor huelga obrera de la historia de Francia, portadora de una voluntad de transformación social que iba más allá de lo que se conoce como “la revolución de las costumbres”.

Hoy en día la realidad del capitalismo exige una crítica de los fundamentos de este sistema. Sin duda será un camino largo, pero los movimientos que están por llegar deberán

reencontrar y actualizar las utopías concretas de Mayo 68.

Traducción: Josu Egireun para Viento sur

https://www.lahaine.org/mundo.php/mayo_68_debates_sobre_economia